

Hiralal, K. y Jinnah, Z. (2018). *Gender and Mobility in Africa. Borders, Bodies and Boundaries*. Palgrave Macmillan, 259 pp.

JUDITH JORDÀ FRIAS*

Esta obra se adentra en las múltiples intersecciones que emergen entre el género y la migración en el continente africano, recuperando una perspectiva histórica y enlazándola hasta el momento de edición. Su enfoque crítico, así como la diversidad de su autoría y metodologías a lo largo de los once casos de estudio, tienen como objetivo representar la fluidez y la movilidad de la migración, frente a abordajes hegemónicos de las Relaciones Internacionales (RRII) caracterizados por su estanqueidad e inmovilidad. Todo ello, se materializa mediante tres herramientas conceptuales: las fronteras entendidas como proceso físico y social, las delimitaciones temporales entre la época colonial/postcolonial y los cuerpos de las mujeres como metáfora de todo lo anterior.

Su colección de ensayos editados desarticula desde la primera página la asunción de la migración como fenómeno, contemporáneo y masculino. Ya en la breve introducción, la editora, Kalpana Hiralal, pone de manifiesto que el objetivo de la obra es deconstruir narrativas migratorias excluyentes. El cual, a su turno, encaja con el actual número cincuenta y cuatro de la Revista de Relaciones Internacionales de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), titulado *Movilidad y poder en Relaciones Internacionales*. De ese modo, aportar

nuevos debates interdisciplinares sobre inmovilidad comporta, como lo hace este libro, explorar la migración desde otras identidades de género, enfoques, marcos teóricos y metodologías.

Los dos primeros capítulos, mediante una anclada perspectiva histórica, parten de la inmovilidad de quienes no llegaron a migrar. Son una crítica al sesgo masculino de las migraciones que dicotomiza los análisis en términos binarios y que responden a discursos coloniales enraizados. Esta vez, Kalpana Hiralal, en el segundo capítulo, examina el caso comparativo de la migración china e india en la región del océano Índico, desnaturalizando el entramado de relaciones de poder tan complejo como perpetuado, también legislativamente, de la expresión *las que se quedaron atrás*. Así, consigue poner estas experiencias en el foco y, simultáneamente, descentralizar el estado nación y el hombre como marco analítico migratorio.

De modo similar, en el tercer capítulo, Ibtihel Bouchoucha, pone de relieve la necesidad de análisis socioculturales. En su caso, se centra en el marco espaciotemporal de Túnez tras su independencia en 1956. Profundizando en un análisis de datos estadísticos resalta la mejora de la situación de las mujeres en materia educativa, laboral y legislativa, la creciente participación en la vida

* Judith JORDÀ FRIAS, Universidade de Coimbra, Portugal. Contacto: judith@lletresimons.cat

activa y la consiguiente paradójica liberación. Albergando, así, una correlación entre el bajo nivel educativo y la intolerancia hacia mujeres migrantes jóvenes, junto con la prevalencia del modelo sociocultural tradicional.

Tras desarticular a lo largo de estas primeras páginas la asunción naturalizada de que los hombres sean sujetos migrantes y las mujeres agentes pasivas, los siguientes capítulos permiten a la persona lectora visibilizar el resto del proceso migratorio en los países de destino. Asimismo, incluyen también la evolución de los estudios sobre migración, desde inicialmente añadir mujeres en los análisis de modo superficial, hasta hacerlo con perspectiva de género y, finalmente, con perspectiva feminista.

Por su parte, Tinashe Chimbidzikai, explora cómo la migración y el transnacionalismo modifican la negociación o redistribución de los roles de género. En el cuarto capítulo, presenta una genealogía histórica de cómo la urbanización produjo la feminización de la migración. Estudia las mujeres migrantes zimbabuenses pentecostales en Johannesburgo como activas e independientes, con un relevante rol geopolítico y económico.

Por la otra, en el quinto capítulo, Pragna Rugunanan y Ria Smit apuestan por los estudios feministas de migración, considerando el género como eje vertebrador de las relaciones de poder entre individuo y colectivo. Para ejemplificarlo, se focalizan en cómo las mujeres de Burundi, la República Democrática del Congo (RDC) y Zimbabue van ganando estatus social en Suráfrica. Sin un abordaje de las condiciones estructurantes aumentan las opresiones. Para ello, es necesario indagar en las experiencias cotidianas, tan complejas como cambiantes. Vislumbrando, de ese modo, el entramado

de estrategias de supervivencia que llevan a cabo las mujeres migrantes, como actores que toman decisiones. Asimismo, comparan el nivel de mayor hostilidad y precariedad para migrantes de Burundi y la RDC, y menor para las de Zimbabue. Es la narrativa temática que metodológicamente permite abordar violencias y obligaciones, pero también deseos y expectativas entre individuo y colectivo.

También con una epistemología relacional, en el sexto capítulo, se sostiene que la violencia machista es discursiva pero que también está enraizada en prácticas cotidianas. Es así como Monica Kiwanuka se adentra en las definiciones y, posteriormente, en un debate interseccional entre raza, identidad nacional y cultura. Metodológicamente, la autora utiliza el análisis del discurso y narrativo para mapear la evolución cultural en Suráfrica. Afirma que el proyecto colonial se basó en la raza y el período postcolonial en la identidad nacional, tras una nacionalización de la cultura. Y que privilegiar discursos de raza por encima del género, trivializa la violencia machista, victimizando y desvalorizando grupos minoritarios. Por tanto, el uso de la cultura como discurso homogeneizador y justificativo de la violencia ejercida hacia mujeres migrantes conlleva múltiples consecuencias, como acrecentar reticencias para acceder a los servicios que los combaten o para la concepción misma de dichos servicios. De ese modo, se construye la cultura como un demarcador de diferencia, entre *nosotras* y *vosotras*, y como mecanismo nacionalizado que degenera la moralidad al no tener en Suráfrica un sistema de justicia tradicional con alternativas restaurativas, sino únicamente un sistema político judicial.

De igual modo, el trabajo sexual también permite ver cómo la migración acentúa el carácter fluido entre identidades y lugares físicos. En este sentido, en el séptimo capítulo, Elsa Oliveira y Jo Vearey reclaman un corpus

literario africano sobre trabajo sexual y migración que no invisibilice ni victimice y con un enfoque metodológicamente plural. Para ello, desde la praxis como ejemplo, ponen el foco en la violencia estructural arraigada a sistemas políticos y, específicamente, en las complejidades alrededor del trabajo sexual en el suburbio de Hillbrow de Johannesburgo. Lo hacen mediante métodos visuales, con un proyecto fotográfico participativo, articulado alrededor de conceptos clave, y combinado con análisis temático y narrativo. El trabajo sexual es una estrategia de supervivencia que conlleva estigmatización y tratos abusivos, pero que tiene el objetivo de lograr sueños y aspiraciones. Por eso concluyen que es una opción, a pesar de ser menos deseable.

Desde otro marco analítico, en el capítulo octavo, Lanre Olusegun Ikuteyijo examina los principales actores y políticas migratorias nacionales, así como algunas prácticas socioculturales que fomentan la trata nigeriana. Según el autor, el aumento se debe a la involucración familiar, en algunos casos, en la red de tratantes, y a los desafíos de las principales agencias nacionales, con los Estados Unidos de América y la Unión Europea como principales destinos. Las lagunas legislativas y la necesidad de contar con testimonios para corroborar un delito, dificulta su persecución, además de la falta de recursos para la posterior reinserción de las personas tratadas. Para ello, recomienda establecer roles, líneas de acción y actualizar la legislación migratoria a partir de un enfoque estructural y no persecutorio, que sea retributivo y minimice las consecuencias. Es preciso transformar holísticamente los valores: familiarmente siendo la primera unidad de socialización; estatalmente mediante oferta educativa y laboral para la juventud; y legalmente con un enfoque de derechos humanos.

En el noveno capítulo, recuperando el diálogo de los anteriores, Sasha Rai cartografía la definición de diáspora transnacional. Defiende que con la actual transformación de las fronteras del mundo globalizado se han desplazado también las concepciones de identidad, nacionalismo, raza y religión. Su objetivo es cubrir el vacío literario sobre la diáspora paquistaní, una de las mayores del mundo, en Suráfrica. Metodológicamente, lo hace a través de la historiografía oral con tres participantes, albergando en sus narrativas un espacio de intercambio para dirigir la historia. Así corrobora su idea de que la historia es multidimensional, siendo también una herramienta de cambio para distorsionar las narrativas históricas hegemónicas, en las cuales las personas quedan homogenizadas en una identidad colectiva. Cierra el capítulo afirmando que existe una culturalización de la diáspora paquistaní al identificarse como paquistaníes surafricanas y mantener sus identidades religiosas.

En el décimo capítulo, Fatima Ait Ben Lmadani aborda las consecuencias de la constitución del espacio Schengen a partir de 1985, señalando que la literatura hegemónica responde a intereses de demandas políticas europeas. Lo hace mediante el caso de estudio de mujeres migrantes senegalesas en Marruecos, historizando sus discontinuidades desde tiempos precoloniales y alejándose de la concepción contemporánea de país de tránsito del Sur hacia el Norte Global. La autora expone diferentes perfiles de mujeres para deconstruir dicotomías normativas de hombre migrante, joven, aventurero y solo. Inicialmente, las mujeres apenas aparecían en la literatura y, más tarde, se han construido como víctimas. Sin embargo, a pesar de que las mujeres migrantes afrontan más inestabilidad con menos recursos, la vulnerabilidad conlleva más opresión y, por tanto, más resistencias cotidianas. De ese modo se apunta el siguiente

y último nodo del libro, la relevancia de las redes comunitarias.

En el onceavo capítulo, Sarah Matshaka, recuperando la tesis de que la pluralidad define la experiencia migratoria y empleando la terminología de *mujeres móviles*, presenta estrategias de negociación de roles de género mediante prácticas diarias basadas en la toma de decisiones. Tras recorrer la genealogía migratoria de Zimbabwe hasta el barrio surafricano de Harare, en Johannesburgo, contextualiza que, por falta de acceso a la economía política surafricana, las redes comunitarias ofrecen oportunidades para subsistir mediante vínculos extensivos que ofrecen apoyo para lograr trabajo, vivienda o estar informada del contexto sociopolítico. Sin embargo, también son un mecanismo de control gracias a los rumores. Toda resistencia queda señalada con estereotipos y es vista como una desviación de la normatividad. Ejemplo de ello es la palabra *pfombi* (*la que camina en shona*), metáfora de las trabajadoras sexuales y que, por extensión, hace referencia a las mujeres migrantes. Contrariamente, las mujeres respetables son aquellas que tienen una feminidad normativa, tradicionalmente zimbabuense. La reestructuración de roles que en Zimbabwe suelen hacer madres o personas mayores, con la migración urbanizada de Harare la llevan a cabo personas jóvenes, dejando bajo escrutinio público las relaciones, sexualidad, vestimenta, trabajo o hábitos de las migrantes. Metodológicamente, mediante narrativa, conversaciones informales y observación, la autora concluye que los ideales homogeneizadores de la normatividad, inevitablemente, acaban cambiando mediante sus experiencias vitales migratorias.

Como si de un diálogo se tratara, el doceavo capítulo, responde a dicha tesis. Marnie Shaffer explora los límites de la transformación o redefinición de las normas de género sin

idealización alguna, aplicando marcos teóricos críticos a las experiencias de conformidad o resistencia a las construcciones sociales por parte de las mujeres migrantes somalíes en Mayfair, otro barrio de Johannesburgo. Las comunidades, como ya se apuntaba en el capítulo anterior, mediante la agencia colectiva fomentada en normas culturales tradicionales pueden limitar la agencia individual. En otras palabras, las redes de parentesco extendidas siguen siendo un eje paradójico que reconfigura la estructura de clanes, los cuales definen la identidad, dejando de ser física. Sin embargo, tal y como demuestran los otros casos presentados, las mujeres migrantes también navegan entre la cultura somalí y el control social, aprovechando la estructura en beneficio propio. Ya sea sometándose a él o modificando la norma, las mujeres cambian su rol sin transformar la estructura completamente.

En conclusión, la pluralidad de experiencias migratorias de las mujeres que ofrece esta obra aporta un revisionismo de la migración necesario y sin caer en idealizaciones. En ella se presentan los riesgos y las oportunidades más comunes para transformar normas e identidades de género a partir de dos premisas. Entendiendo, por una parte, que la migración es un proceso con latentes legados coloniales y, por otra, que también sigue subyaciendo en él un legado patriarcal. ●

RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
<https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales>
ISSN 1699 - 3950

 facebook.com/RelacionesInternacionales

 twitter.com/RRInternacional



FECYT388/2023
Fecha de certificación: 12 de julio de 2019 (8ª convocatoria)
Válido hasta: 28 de julio de 2024